



¿QUIÉN SOY YO PARA TI?

SANTA TERESA DE CALCUTA

Jesús, Tú eres...

la palabra a proclamar,
la verdad que debe ser dicha,
la luz que debe ser encendida,
la vida que se debe vivir,
el amor que debe ser amado.

Jesús, Tú eres...

la alegría a compartir,
la paz que se debe dar,
el pan de vida que se debe comer.

Jesús, Tú eres...

el hambriento que debe ser sustentado,
el sediento que debe ser saciado,
el desnudo que debe ser vestido,
el sin casa que hay que acoger,
el solitario a quien se debe amar,
el despreciado que debe ser acogido.

✠ **Un cambio necesario**
Por Yenia Matos Henríquez

✠ **Comprometidos con la paz**
(Lucas 10,1-12. 17-20)
Por Óscar Ávila, S.J.

✠ **Santo Domingo de Guzmán, un**
cristiano para nuestro tiempo
Por Jorge Núñez Hernández

SANTORAL

D 3: San Asprenato / **L** 4: San Juan Bautista
María Vianney / **M** 5: Dedicación de la Basílica
de Santa María / **Mi** 6: Transfiguración del
Señor / **J** 7: San Sixto II / **V** 8: Santo Domingo
de Guzmán / **S** 9: Santa Teresa Benedicta de
la Cruz

6 de agosto: Transfiguración del Señor

Un cambio necesario

Por Yenia Matos Henríquez



Los cubanos sabemos bien que Cuba necesita una profunda transformación. Hace mucho tiempo, y en muchos sentidos, ha dejado de ser el país que queremos y, sobre todo, que necesitamos. Este daño físico, evidente por ejemplo en sectores como la salud y la educación, lacera cada día más el presente y futuro de una nación cuyos hijos prefieren migrar y abandonar a los suyos en busca de un porvenir más esperanzador. Cuba agoniza entre escombros y basura del cuerpo y del alma... ¿y qué estamos haciendo para impedirlo? No se malinterprete lo que escribo. No hay un llamado a la violencia, solo a la reflexión.

Para que Cuba cambie y se transforme, precisamos transformar nuestra conciencia. Yo le llamaría volver a sentirnos cubanos, recuperar ese orgullo que en algún momento nos caracterizó, y que de alguna manera nos fue arrebatado. Sí. Necesitamos transformar nuestra mente y manera de pensar. Volver a unirnos, primero como hijos de Dios Altísimo, y después, como hijos de esta tierra. ¿Cómo podemos hacer esto?

Por estos días la Iglesia celebra la Transfiguración del Señor. En el pasaje bíblico

que relata este suceso, Jesús se transforma en una manifestación gloriosa en presencia de sus discípulos, mostrando la conexión perfecta entre lo terrenal y lo celestial. Este hecho es narrado en los Evangelios de Mateo (17,1-9), Marcos (9,2-8) y Lucas (9,28-36), y no sólo revela la divinidad de Cristo, sino que también se presenta como epifanía del amor de Dios hacia la humanidad.

Quizás se pregunten qué relación guarda este hecho con lo anterior. Respondería que todo está en la perspectiva con que lo miremos. La Transfiguración del Señor se puede interpretar de varias formas: como un llamado a la conversión, por ejemplo. También como una especie de luz para nuestra vida espiritual, invitándonos a ponernos en manos de Dios y confiarle nuestras sombras, inseguridades y preocupaciones. Tal vez algunos prefieran pensar en ese amor de Dios Padre hacia la humanidad que se manifiesta en su Hijo, y lo que habría de sufrir este en beneficio del hombre.

Prefiero quedarme con este último, porque pienso que es precisamente una parte importante de lo que nos falta en esta tierra. Si bien es justo reconocer que no se han perdido del todo, debemos aceptar que faltan hoy el amor y la compasión hacia nuestros hermanos. Cuando somos amables o apoyamos al de al lado, estamos reflejando la luz y el amor de Cristo. Estas interacciones tienen el poder de transformar no solo nuestra existencia, sino también la de aquellos a quienes servimos. Vamos cambiando vidas, y al hacerlo estamos transformando también nuestro suelo.

Entonces hermanos, el cambio en Cuba empieza por lo más profundo de cada uno de nosotros: nuestra alma y conciencia. Aunque parezca trillado e ingenuo eso de que el amor transforma, no es menos cierto. Si nosotros amamos al prójimo, cambiará su actitud, y si transformamos el ser y sentir, entonces inevitablemente transformaremos también nuestro país. Nosotros tenemos ese poder. Empecemos por ahí, y de seguro veremos pronto los frutos deseados.

Comprometidos con la paz (Lucas 10,1-12. 17-20)

Por Óscar Ávila, S.J.



Estamos invitados a ser una iglesia en salida, así nos lo recordaba con cariño el papa Francisco. Pero, ¿cómo ser iglesia en salida en medio de tanta oscuridad, en medio de tantas preguntas? El desafío cristiano es justamente estar siempre en marcha, dispuesto a dejar las comodidades para ir al encuentro del otro en su realidad. En el Evangelio los discípulos son enviados por Jesús a salir de la comodidad de estar juntos e ir a los distintos pueblos, los envía con lo justo, pero con convicciones claras y precisas sobre la cercanía del Reino.

El mensaje evangelizador de los discípulos se sintetiza en una palabra fundamental: PAZ. Jesús hoy nos sigue invitando a evangelizar y muchas veces no sabemos cómo entrar en contacto con los demás, pues cargamos prejuicios que no permiten relacionarnos con el otro en su propia realidad. Nos pesa la historia y cuesta entender que tenemos derecho a ir creciendo y evolucionando. Jesús muestra un camino simple que permite entrar en la intimidad del otro. Ese camino es la PAZ, una que brota de lo profundo de un corazón que se reconoce frágil, pero dispuesto a recibir al prójimo.

Estos son tiempos en que cualquier conflicto condiciona a que nuestra respuesta esté cargada de violencia. En donde el descontento, muchas veces justificado por el cansancio frente a la precariedad de vida, no nos deja vivir en paz y nuestro corazón está agitado por el devenir diario. Es entonces cuando las palabras de Jesús se hacen más intensas y desafiantes; y es cuando más tenemos que dar testimonio de PAZ.

Pero, ¿qué entendemos por ser pregoneros de la PAZ? Es un desafío constante, ya que implica aprender a reconocer si estamos en paz con nosotros mismos, si asumimos nuestra condición y somos conscientes de la realidad en la que vivimos. También debemos discernir qué aspectos son de nuestra responsabilidad, en los que debemos esforzarnos por cambiar, y cuáles no lo son, aunque debemos contribuir para generar los cambios necesarios que nos permitan vivir con dignidad. Cuando Jesús nos invita a la PAZ, no lo hace para fomentar el inmovilismo; por el contrario, es una invitación a activar toda nuestra creatividad para transformar nuestra realidad y acercarla más a la del Reino.

El Evangelio de hoy termina justamente con una alabanza al Creador que nos ha dado la capacidad de transformar la realidad si de verdad nos comprometemos a luchar por PAZ, que nos invita a vivir en la dignidad de los hijos de Dios.



Orando en la semana

- D 3:** Ecl 1,2;2,21-23/ Sal 89/ Col 3,1-5.9-11/ Lc 12,13-21
- L 4:** Nm 11,4b-15/ Sal 80/ Mt 14,13-21
- M 5:** Nm 12,1-13/ Sal 50/ Mt 14,22-36
- Mi 6:** Dn 7,9-10.13-14/ Sal 96/2 Pe 1,16-19/ Mt 17,1-9
- J 7:** Nm 20,1-13/ Sal 94/ Mt 16,13-23
- V 8:** Dt 4,32-40/ Sal 6/ Mt 16,24-28
- S 9:** Dt 6,4-13/ Sal 17/ Mt 17,14-20

8 de agosto, Día de Santo Domingo de Guzmán

Santo Domingo de Guzmán, un cristiano para nuestro tiempo

Por Jorge Núñez Hernández



En la etapa medieval, de la cual hay tantos prejuicios y desconocimiento, hubo muchas luces que dejaron profundas huellas en la historia. Santo Domingo de Guzmán, presbítero español, fundador de la orden de los Dominicos, es una de las grandes personalidades que surgió en la profundidad de la historia, y que todavía nos alienta en la fe. Junto con su contemporáneo San Francisco de Asís, ofreció un gran servicio a la Iglesia.

Nació en Caleruega, España, en 1170. Desde su infancia, recibió una esmerada formación cristiana y se sintió llamado al sacerdocio. En 1191 vendió sus libros (eran caros, en una época donde aún no existía la imprenta) para ayudar a los pobres. La hambruna en Castilla reveló su predilección por los más necesitados. Fue un compromiso que estaría presente en toda su vida. Se ordenó sacerdote en 1194. En sus viajes descubrió su vocación misionera. Atento a la realidad, decidió formar un

movimiento de predicadores, orientado principalmente a combatir la herejía de los albigenses.

Santo Domingo renunció a tres obispados para dedicarse a evangelizar. Le importó más predicar el Evangelio, que una vida de poder y honores. Nada hay más importante que la salvación de las almas. Lo era en el siglo XIII, y lo sigue siendo en el siglo XXI. De su celo misionero, de su capacidad de deshacerse de lo superfluo para servir a lo esencial, debemos aprender todos. Pero no se sirve en la Iglesia, ni obra alguna tiene sentido o es verdaderamente fecunda, sin cultivar una profunda espiritualidad que solo puede ser consecuencia de la oración, del diálogo de amor con Dios.

Domingo creó la Orden de los Predicadores en el año 1215. Al año siguiente el Papa Honorio III confirmó la orden que, con posterioridad, creció notablemente. Falleció en 1221 y fue canonizado en 1234. Entendió la necesidad de la formación, que sigue siendo una urgencia en nuestros días, en un mundo lleno de desafíos que ha ganado en complejidad, con un desarrollo tecnológico extraordinario. Pero en realidad los cambios son externos, el ser humano sigue teniendo las mismas necesidades. La humanidad, aun cuando esté o no consciente de ello, sigue teniendo sed de Dios, y continúa necesitando de evangelizadores apasionados por llevar la Palabra y sembrarla en los corazones. La devoción por el rosario fue parte esencial de su espiritualidad.

Formación, espiritualidad y misión, fueron los pilares de la vida de santo Domingo. Es así que se entiende y se explica todo cuanto hizo por el Reino. Él sigue siendo un espejo en el que deberíamos mirarnos, una inspiración para los cristianos de hoy.